

LA MINORIA QUE PREPARE LA NUEVA CIVILIZACIÓN.—SU NECESIDAD Y FORMACION

Por A. GARMENDÍA DE OTAOLA, S. J.

La civilización es el florecimiento de la humanidad; algo, a la vez, frágil y reciente. Reciente pues sus primeros resplandores no van más lejos de ocho o nueve mil años, cuando la vida del hombre en la tierra está calculada en medio millón. Una noche larga y lóbrega cubre espacios y tiempos insondables¹.

La civilización es un fenómeno complejo. Implica la existencia de comunidades humanas, caracterizadas por organizaciones sociales y políticas, que dominan y utilizan las fuerzas naturales y las adaptan al nuevo ambiente creado por y para el hombre: organizaciones que poseen religión, sabiduría, derecho, arte, ciencia, comercio, comunicaciones..., y, en último término (aunque no el menos importante), se componen de individuos capaces de recibir este complejo intrincado, acrecentarlo y transmitirlo a una posteridad idónea.

¹ *Civilización* significa aquí: conjunto de conocimientos, costumbres e instituciones que integran la sociedad de un pueblo o de una raza. La noción de *civilización* es sinónima de orden, ley y derecho, y se opone a la de barbarie. Se centra en el hombre como ciudadano, *civis* con plena conciencia de sus derechos y de sus valores humanos. La *civilización* como término de una cultura responde a una interpretación determinista de la historia que, como veremos, utilizó Spengler. A este contenido añadimos nosotros muchos elementos de «cultura», como mejoramiento de las facultades físicas, intelectuales y morales del hombre. En oposición a naturaleza, todo lo que es obra consciente y libre del hombre. No son heredables sino los bienes exteriores; la cultura hay que adquirirla cada cual. Es tarea principal de la Pedagogía.

En realidad, esta última consideración es el eje de todo, es el secreto del éxito y la explicación de mil tragedias. La marcha del hombre a través de los tiempos no ha sido firme ni continua, sino lánguida, desorientada, con altibajos aterradores. Unos pueblos perecen, otros se detienen al borde del camino, otros resbalan a la decadencia. El paso del hombre por la sobrehaz de la tierra está marcado por ruinas, desastres, guerras, lágrimas.

* * *

La civilización, en su conjunto, significa la protección relativa de los hombres contra las fuerzas ciegas y crueles de la naturaleza, la abolición de la lucha contra los animales y la suavización de la rivalidad entre los hombres; facilita la convivencia, el bienestar, el ocio, el desarrollo de las facultades superiores, la cultura, la sociedad... Siendo esto así, ¿por qué han existido y existen tantos pueblos que desconocieron y desconocen esas ventajas, otros que las perdieron o relajaron? Hay una sola respuesta: esos pueblos, antaño cultos y civilizados, no pudieron soportar la carga de la civilización y sucumbieron.

Porque la civilización es una carga, un peso, tanto como un beneficio; es el resultado de un esfuerzo humano sostenido y bronco; energía que brota del impulso creador de un germen superior. Es un empeño, una conquista, un afán vital, nacido en el hombre, realizado con sudoroso trabajo, que se conserva a través de continuos sobresaltos. La civilización se halla fundamentalmente condicionada al hombre, a un grupo ceñido de hombres, dotados de determinadas condiciones que los capacita para alcanzar, acrecentar, transmitir, una civilización: una raza. En cada pueblo, la civilización existirá con arreglo a su capacidad y preparación para recibir la herencia social y a su habilidad para acrecentar el precioso legado familiar en condiciones óptimas y entregarlo sabiamente a las nuevas generaciones que quieran y puedan recibirlo.

La historia muestra este proceso en cada pueblo y también en el conjunto de la humanidad.

* * *

La evolución histórica de la humanidad alcanza lentamente un progreso que acusa una constante mejora en las condiciones generales de vida. La historia nos habla de culturas magníficas en

América, Asia y Africa que penetraron en Europa, produciendo la civilización «clásica» de Grecia y Roma que persiste actualmente en la llamada «civilización occidental».

Parangonando aquellas civilizaciones, incluida la clásica, se observa a ojos vistas que el «hombre occidental» goza de mayor seguridad, poder, facilidad, bienestar y ocio que otros núcleos humanos. Ha amasado una riqueza de instrumentos, propiedades e ideas infinitamente mayor que el acervo de todas las épocas preteritas; vive en un medio creado por él, útil, cómodo, agradable... Nuestra civilización podrá ser, sin duda, inferior a otras en diversos aspectos, podrá carecer de las bellezas de la helénica, de la duración de la china, de la colosalidad de la egipcia, de la espiritualidad de la medieval...; pero en vitalidad y dinamismo, en dominio sobre las fuerzas y recursos de la naturaleza, en eficacia total, en serenidad de presencia, en promesas de supervivencia, sobrepasa a todas.

Desde el siglo XVIII el progreso ha sido maravilloso, general, rápido, hondo. Súbita e inesperadamente todo cambia, se agiganta. El desarrollo se expande a todas las actividades, y aun quiere alojarse en los espacios siderales.

* * *

Subrayo esta idea: *La civilización depende siempre de las cualidades del pueblo que la mantiene.* Toda esa vasta acumulación de ideas y de materiales que, amontonados y unidos en maravillosa construcción, crecen armoniosamente en resplandor y majestad, descansa sobre cimientos vivos: sobre el hombre que es su creador y sostenedor. Mientras el hombre sea capaz de soportar su carga, la construcción permanecerá y crecerá enhiesta, sólida, segura; mas en el momento en que esa base vital se debilite o la abandone, la civilización más poderosa flaqueará y naufragará en el caos.

La civilización depende en absoluto de la calidad del puntal humano; del hombre. Le vemos confirmado en la civilización más brillante del mundo, en Atenas, pequeña comunidad en la que el número de hombres libres, verdaderos atenienses, quizá no llegase a 50.000. Esto nos demuestra que para que surja una civilización es indispensable, ante todo, un grupo de hombres superiores que tengan a su lado otros muchos—el pueblo—que si no llegan a la talla superior, alcancen una media o promedio que esté por encima del de los pueblos menos favorecidos. Pero más importante

que estas categorías—general y destacada—es el hecho de que, aun dentro de los grupos superiores (totalidad nacional), existe una minoría de individuos selectos, superiores al grupo, y que se caracterizan por su energía, habilidad, talento y genio, nada comunes. Esta «élite» es la levadura de todo un pueblo, la que inicia y sostiene y empuja todo progreso. En esto podemos ver de nuevo la suprema importancia de la calidad. En ninguna sociedad humana ha sido nunca grande la proporción de individuos verdaderamente superiores, hasta el punto de que, estadísticamente, esta proporción ha carecido siempre de importancia. Sin embargo, su influencia ha sido incalculable. Atenas no se componía sólo de Platones y Xenofontes, sino también de estúpidos, bellacos, locos, vagos y mendigos, como se manifiesta en las sátiras de Aristófanes, sin contar los enfermos, degenerados, ancianos... Pero, así y todo, el poder dinámico de la «minoría selecta» hizo de Atenas la gloria del mundo, y únicamente cuando la necesaria reserva menguó notablemente, se eclipsó la estrella ateniense.

* * *

Es evidente que la civilización depende en absoluto de la calidad, la cual, a su vez, depende de la herencia, del medio, educación, instrucción, legislación, salubridad... Las civilizaciones podrían sobrevivir si se preocupasen adecuadamente de las «nuevas» generaciones.

¿Pueden las civilizaciones permanecer indefinidamente o están fijos los linderos de su existencia? Las teorías fatalistas contemporáneas y la «ley de civilización y decadencia» son malos agoreros. O. Spengler, de la escuela historicista, como W. Dilthey, E. Spranger, Th. Litt, Hans Freyer, G. Misch y otros, es pesimista en su interpretación de la historia. Estudió la cultura y la filosofía de la historia, acabando por establecer el principio del curso inevitable del acontecer: toda cultura florece únicamente para peregrinar, y no hay medio alguno para detener su ruina. Así también Ernesto Troeltsch. La humanidad—dicen—, como todos los organismos, va pasando sucesivamente por la infancia, adolescencia, virilidad y decrepitud, y ésta es la edad actual de la Europa decadente desde el año 1800, como lo prueban el ateísmo y el socialismo reinantes. Los acontecimientos históricos de Europa,

con proyección mundial, no desmienten la caída de Occidente, aunque no precisamente por la «profecía» spengleriana².

Según otros autores, las civilizaciones no tienen determinados ciclos de vida y muerte: sobreviven según la preparación de sus hombres para sostenerlas. De hecho, hasta ahora, ninguna ha sobrevivido enteramente³.

* * *

Mas toda civilización tiene en sí misma las posibles causas de su decadencia, tres tendencias destructoras que minan su existencia y la arrastran hacia su sepulcro. Esas tendencias son: la tendencia a recargar con exceso la estructura de la civilización, la tendencia a la regresión biológica, la tendencia a la rebeldía atávica. ¡Terribles némesis que han seguido los caminos de los mejores pueblos!

Las civilizaciones, a medida que avanzan, *tienen a recargar con exceso su estructura*, se van volviendo más complejas: cada generación perfecciona la herencia de la pasada y añade cosas

² O. SPENGLER (1880-1936) está considerado como filósofo historicista, y en este sentido escribió sus obras *La decadencia de Occidente* y *El hombre y la técnica*. Se le asigna un puesto entre los teóricos pesimistas por su interpretación de la vida y muerte de la cultura. Su pesimismo, empero, no es tan sombrío como el de Schopenhauer, ni tan trágico como el de Nietzsche, ni tan nihilista como el de Heidegger. También se le clasifica entre los psicólogos; su psicologismo tipológico se asemeja al de Dilthey y Leisegang.

³ Por «ciclos de cultura» se entiende la teoría histórica que pretende relacionar entre sí los diversos fenómenos culturales, aunque se manifiesten en sitios distintos. Así los ideó W. Schmidt, etnólogo y filósofo de las religiones. La «morfología de las culturas», formulada por L. Frobenius, ve en las culturas entidades autónomas con un ciclo vital de desarrollo y decrepitud, como de mil años aproximadamente. Esta doctrina no tiene en cuenta el libre albedrío del hombre. Frobenius escribió *Continents vividos*, *Historia de la cultura africana*, *La cultura como ser viviente*.

Para Spengler el ciclo «desarrollo» y el ciclo «decrepitud» están representados en dos vocablos sugestivos: «cultura» y «civilización», contrapuestos entre sí, según la teoría morfológica. De un lado, la «cultura», hija del sino y de la libertad coordinados; cultura que es la historia, la parte viva, la actuación o metabolismo vital del gran organismo del género humano, y que se intuye y se siente, pero no puede conocerla el entendimiento sin matarla por el mismo caso. De otro lado, la «civilización», que no es más que la naturaleza, producto de causas y de leyes necesarias y férreas, excrecencia estática y muerta de la humanidad, que por lo mismo se presta a ser conocida o disecada en partes, exacta y matemáticamente determinables y cognoscibles. Además, como todos los organismos, la Humanidad tiene su ciclo vital, como hemos explicado anteriormente.

nuevas que se transmiten a la siguiente, proceso que se repite incesantemente, independiente del instinto.

Las cualidades sociales adquiridas sólo se conservan a costa de un esfuerzo evidente, como se nota, por ejemplo, en el tiempo, organización y asiduidad que necesitan la niñez y la juventud para asimilar una parte mínima de los conocimientos de los adultos, en las aulas, en entidades extraescolares, en la propia y personal experiencia. Cada generación debe hollar una senda larga y difícil si quiere retener los conocimientos adquiridos anteriormente; los conocimientos son una porción exigua de toda la herencia. Cuanto más aumenta ésta, más largo y escabroso se torna el camino.

Desgraciadamente, muchos individuos son incapaces de escalar las alturas porque carecen de medios o porque el esfuerzo requerido está por encima de sus facultades y posibilidades. Cuando esto ocurre en ciertas proporciones, es cuando tiene lugar la regresión social, de comunidades enteras, que denominamos «crisis de civilización», «decadencia de la civilización». Por lo tanto, «decadencia de la civilización» quiere decir que el medio social está por encima de las capacidades heredadas: el hombre es «menor» que su ambiente cultural.

El «peso de la corona» no puede ser ya sostenido, porque exige cada día más hombres, más dispendios, más esfuerzos, nuevas técnicas, nuevos pro-hombres, para lo cual ya no hay reservas, muchas de las cuales se reblandecieron con las riquezas, el confort, el lujo. Ni el esfuerzo continuado, ni la molicie son pilares de un Imperio, que «a su gran pesadumbre» se derrumban. La frecuencia de las decadencias demuestra que cuanto más elevada es una civilización, más en peligro está de sobrecargarse y perecer, porque la complejidad aumenta con rapidez asombrosa, hasta un grado insospechado, mientras que la capacidad de sus sillares humanos está estacionaria o decrece.

* * *

Atenas creó filósofos como Sócrates, Platón y Aristóteles; científicos como Arquímedes y Tolomeo, estrategas como Alejandro, poetas como Homero y Herodoto...; la lista se haría interminable. No podemos asegurar que los elementos psico-biológicos de aquel pueblo fueran mejores ni peores que los nuestros, y, sin embargo, el vasto edificio de la civilización ha crecido; es decir, que el hombre lleva una carga cada vez más pesada sin que su

fuerza de soporte haya aumentado en igual proporción. La humanidad no se ha perfeccionado, sólo vive en condiciones más perfectas. Puede llegar el momento (para muchos ha llegado) de una hecatombe, porque las cariátides del colosal edificio no lo pueden ya sostener. ¿Se podrá mantener nuestra civilización? El exceso de carga de nuestra civilización es un peligro, no el único ni el más grave si se preparasen oportunamente las generaciones nuevas en cantidad y en calidad.

* * *

Hemos considerado la civilización en su aspecto estructural, hemos apreciado su peso sobre los sillares humanos que la sostienen y hemos tratado, provisionalmente, estos cimientos, como si fueran cantidades constantes. Pero este aspecto no es sino una cara del problema: porque la civilización exige de sus soportes vivos influencias mecánicas y también vitales, de profunda raigambre y significación. La civilización tiende a estropear las cualidades innatas de sus hombres, a malgastar las reservas de energías, a deshacer aquellos valores esencialmente raciales que habilitan a un pueblo para emprender y continuar su obra. Hay una *tendencia a la regresión biológica, un empobrecimiento de la base humana.*

Para ello consideremos las condiciones del hombre antes del advenimiento de la civilización. Los hombres de hace miles de años se diferenciaban notablemente en su estructura corporal, en su capacidad mental, en su inteligencia. Estas diferencias duraron largos períodos de tiempo en las razas, en los diversos grupos, en los distintos pueblos, de modo que cada unidad presentaba un «estilo» diferente, peculiar, que variaba en sus capacidades físicas y mentales. La suerte de estas diferencias y «estilos» no dependía de la casualidad, sino de la cuestión práctica de que fuesen o no capaces de sobrevivir a la coyuntura existencial. Los individuos dotados de fuerza, inteligencia y vigor sobrevivieron; los débiles, estúpidos y degenerados sucumbieron. La naturaleza se imponía al hombre seleccionándole; eliminaba al débil, preservaba y multiplicaba al fuerte. Las razas más sanas, mejor dotadas, crean las civilizaciones.

Pero la civilización efectúa cambios en el proceso selectivo: en adelante, la selección no será sólo natural, sino también social. Cuando un pueblo ha entrado en el plano de la civilización, es que ha llegado al ápice de sus condiciones ayudado por una secu-

lar selección natural y ha multiplicado sus núcleos superiores, a la vez que ha eliminado los inferiores. Esta selección social, sobrepuesta a la natural, altera los valores porque permite vivir y procrear a muchos débiles, estúpidos y degenerados, que en el estado de naturaleza hubieran perecido, y al mismo tiempo ejerce sobre el individuo fuerte un efecto sutil e importante: vive mejor que antes, alcanza nuevas oportunidades y responsabilidades, es mayor su campo de acción, sus cualidades de fuerza, vigor y astucia indispensable para seguir viviendo y, lo que es más trascendental, para sostener la civilización. Mas las clases superiores comienzan a declinar demográficamente y a debilitarse físicamente.

Conforme pasa el tiempo, la situación se modifica profundamente. Todos, pero principalmente los individuos superiores que formaban la vanguardia del progreso, son arrastrados por influencias nuevas: poder, riquezas, lujo, comodidades, habitación, ocio, que amenizan y enriquecen la vida, pero la complican. Y, bueno o malo, tentación o responsabilidad, todo ello coincide en que tiende a separar la energía humana de los fines naturales, dirigiéndola casi exclusivamente hacia los personales y sociales. Se produce una disgregación de energías naturales, una desviación de intereses. Este fenómeno, que repercute en toda la población, es más grave en las clases media y alta, ya que simultáneamente brotan los orígenes de la decadencia: gran actividad exterior, intelectual y volitiva; organización social, cultural y política, y, por otro lado, matrimonios tardíos, pocos hijos, celibato, excesos, vicios, enfermedades, drogas..., que empobrecen la raza. Al disminuir el núcleo de los individuos superiores se empobrece físicamente la raza.

* * *

Entretanto, y como contrapartida, el número de los individuos inferiores se multiplica, porque se libraron del control natural. Así aconteció a Roma, que, en lugar de disminuir por su base y crecer por la cima, se malogró en la cima, dilatándose por abajo. El resultado, tan desastroso como inevitable, fue que el Imperio, carente de individuos superiores y superpoblado de degenerados e inferiores, no pudo soportar largamente su categoría. Al debilitarse los cimientos humanos, Roma se desmoronó. Al retroceder el grupo selecto, la civilización retrocede al mismo compás. La caída del Imperio romano es ejemplar. ¡Todavía nos interrogamos cómo fue posible!

* * *

Tal es la obra erosiva de la regresión biológica que ha minado muchas civilizaciones. Desde un punto biológico-histórico, la desaparición de una civilización sigue esta trayectoria: el pueblo, privado de sus hombres dirigentes, cae en mediocridad permanente, que ya nunca podrá crear ni aun soportar otra gloria de altura y hegemonía. Físicamente, el pueblo puede sobrevivir, y, desgraciadamente para el progreso humano, sobrevive, para contaminar las razas mejores. Pero mental y espiritualmente desaparece, y no revivirá, salvo a través de algún proceso de edades de restauración biológica, análogo a lo que puede verse en la repoblación forestal de una montaña en la que sólo queda la roca pelada por la erosión. Pero aquel bosque frondoso ya no será más.

Hemos visto dos causas de la desaparición de las civilizaciones: su propio y creciente peso estructural y el empobrecimiento de su base humana.

* * *

La tercera tendencia destructora es la *rebelión atávica*.

La civilización está dividida en tres grupos naturales y obvios: «superiores», «inferiores» y, entre uno y otro extremo, los «intermedios», no definidos por líneas claras, dando lugar a grupos «fronterizos». El progreso se debe a los superiores; los intermedios aceptan lo conseguido por los creadores: su actitud es receptora; receptividad debida a que la mayor parte de sus individuos están lo bastante cerca de los superiores para comprender su inmensa tarea y asimilar sus aportaciones.

Los «inferiores» son incapaces de crear e impulsar una civilización. Constituyen, por lo tanto, un factor negativo para el progreso; son también un factor positivo en un sentido inverso y destructor. Son, instintiva o conscientemente, enemigos de la civilización, por su mayor o menor grado de retraso o salvajismo. ¡Están muy cerca de la selva!

Como unos individuos «se adelantan a su época», otros se rezagan a ella. Conforme avanza, la civilización deja tras de sí una multitud de seres que no han sido capaces de seguir su paso: son los rezagados, ajenos a cualquier clase y grado de cultura: los primitivos, salvajes o bárbaros congénitos; hombres que no podrían tener acceso a ninguna civilización y que, por consiguiente, caen a los primeros pasos; son arrastrados a un ambiente social en el que no pueden perdurar. Los degenerados, el imbécil, el cre-

tino, el neurótico, el demente..., todo ese inmenso producto lamentable y parasitario en todas las especies vivas.

Al lado de los primitivos y de los degenerados hay otros muchos que llegan a vivir de un modo superficial las primeras fases de la civilización, fracasando ante las más exigentes y elevadas. Pero el destino más patético de todos es el que toca a los individuos «fronterizos», aquellos que fracasan en el logro de un orden social que comprenden perfectamente, pero en el que, por diversas motivaciones, son incapaces de triunfar.

Tales son las filas inferiores, el vasto ejército de los inadaptables e incapaces; no necesariamente «degenerados».

El «sub-hombre», el hombre que está por debajo del tipo de capacidad y adaptabilidad impuesto por el orden social en que vive, es un inferior. ¿Qué concepto tiene de la civilización? Esta le ofrece pocos beneficios y menos esperanzas; por lo común, le depara una subsistencia deficiente y, antes o después, siente por instinto que es un ser fracasado, que las ventajas de la civilización no son para él. Esta civilización que le niega beneficios, le impone cargas y gabelas, disciplina y orden social; le vigila, le castiga. Los hombres colocados sobre él se aprovechan de su debilidad e incapacidad para explotarle y empujarle a niveles aún más bajos y deprimentes. Se siente un desgraciado; odia. Se rebela contra la civilización, contra el orden social. En tiempos normales pasa inadvertido o está vigilado. Su desesperación no conmueve a nadie.

El «sub-hombre» espera en la penumbra su hora de actuar, cuando la civilización inicie su debilitamiento y empobrecimiento interno, guerras, revoluciones, calamidades... Estos agazapados pero expectantes tienen en su clan hombres de valor, jefes natos de protesta y revolución, líderes que en el momento oportuno izarán bandera de sangre. Se agrupan en tres tipos clave: el «hombre fronterizo», el «desheredado» y el «hombre superior extraviado».

El «hombre superior extraviado» es un fenómeno extraño. Colocado por la naturaleza al frente de la civilización, por nacimiento, educación, oportunidades..., se pasa al bando de la revolución, porque cree que la civilización es estéril, atrasada, tiránica. Para remediar esta situación se une a las fuerzas de la rebelión social, sin percatarse de que sus fines son muy distintos, aunque sus procedimientos parezcan semejantes. Utilizado por la rebelión, cuando ésta triunfa es arrojado a un lado y sacrificado: la chusma triunfadora no quiere «señoritos» en sus filas, y menos si son «renegados», pues siempre los considera traidores. Entretanto

to, la revolución sigue su marcha aterradora. Pronto a los gritos de exaltación de los primeros días se unen las lágrimas de las venganzas y de las injusticias; el resurgimiento de la ferocidad del bosque conduce al goce dionisiaco de la destrucción y de la muerte. Se implanta el despotismo; la tiranía de la «baja oligarquía» se hace intolerable a sus mismos creadores; «la selección a la inversa» mata toda iniciativa, y lo que fue ansia de nivelación y de «igualdad» es esclavitud. Las nuevas rutas muchas veces fueron sepulcros, raras veces surcos. Y, a la postre, se impone el orden, traído por un caudillo. Consultad el cuaderno de bitácora: tras la tormenta, la bonanza.

* * *

Conocemos en parte a los gerifaltes de la rebeldía. No tendrían éstos tanta influencia si no tocasen teclas humanas que hábilmente pulsadas son explosivos en el momento de la vindicta: en el subconsciente de la humanidad doliente, degenerada o rezagada palpita un odio contra la desigualdad social y un instinto de regresión a fórmulas más primitivas de vida. Los grandes revolucionarios han sido grandes observadores y halagadores de la humanidad y de sus instintos, vicios y ambiciones.

Este odio contra la desigualdad y este instinto por lo primitivo son *causas generales y permanentes de rebeldía* y engloban otras muchas relacionadas con atavismos y resentimientos rencorosos.

La gran ilusión de la «igualdad natural» encandila a los hombres: el grito tiene resonancias ancestrales y cada día se le trompeta con creciente estrépito. Hoy, cuando han mejorado notablemente para todos las condiciones de vida y se ha ampliado para todos el campo de las posibilidades, las exigencias son más radicales.

La pasión de la «igualdad natural» surge de las tendencias del «yo», en concreto de sus impulsos de autoconservación y autoestimación. Cada cual se cree centro del universo, eje del mundo. Si los demás opinan de otra manera, se rebelará contra ellos, contra su injusticia; injusticia de la suerte, de la naturaleza, de la sociedad, de la familia, de Dios. Porque «todos somos iguales» porque todos somos «igualmente hombres». Esta idea obsesiva procede del sentimiento, y como tal no se la puede refutar con argumentos intelectuales. A veces es una emoción, un paroxismo, que se agiganta al chocar una y otra vez contra la roca berro-

queña de lo imposible. La «desigualdad natural» obedece a una ley universal e inflexible; la evolución de la vida es el ejemplo más palpable de esta verdad fundamental, es proceso de diferenciación cuantitativa y cualitativa. La «desigualdad social» debe ser allanada en lo posible, dando a todos idénticas posibilidades de medrar, abriendo todas las puertas, alentando todas las ambiciones. ¡Siempre quedará el trabajo de cada cual, y éste es, por muy diversas razones, distinto en calidad, mérito y utilidad. La sociedad moderna realiza este ideal que es un deber: muchos logran sus ideales, otros desfallecen, los más no intentan ninguna seria redención. Aun subiendo el nivel medio de un pueblo, permanecerán las desigualdades, brotarán los odios, los revolucionarios izarán la bandera de la rebeldía con el remoquete de «reivindicaciones».

Es claro que la tendencia total de la civilización va hacia una creciente desigualdad. Nunca el ejercicio de la inteligencia, la calidad del trabajo serio, la dedicación técnica, fueron tan importantes y evidentes como ahora, cuando se buscan y se miman los talentos, los técnicos, los genios. La sociedad y el Estado (industria, comercio, investigación científica...) tienden a aprovechar más el valor supremo de la raza. Las clases elevadas preparan mejor a sus individuos, luchan por elevarse más aún, aprovechan todas las circunstancias favorables (estudios, matrimonios, poder, dinero...); las clases medias se afanan por ascender; muchos individuos de las inferiores medran. Entretanto, las clases sociales más bajas encierran una proporción creciente de inferioridad.

El «sub-hombre» no acepta estos hechos (que se han dado en todas las revoluciones, por proceso natural) y halaga, a sabiendas, utopías sangrantes.

* * *

No se puede hablar de inferioridad física de la humanidad; sí de la mental. Sin fijarnos en los pueblos de nivel bajo, o decadentes, o caducos, también en los más civilizados y progresistas existe gran disparidad entre la superioridad física y la mental. Roma, por ejemplo, la gran civilizadora, vio disminuir alarmantemente sus clases superiores y su gran cultura, mientras su población baja—esclavos, libertos, chusma, pueblo bajo...—se multiplicaba. Esta población inferior era necesaria para sostener los ejércitos del Imperio; esta población fue la que destruyó el Imperio.

Son más numerosas las clases negativas de una sociedad: a) los incapaces, los inutilizados física, mental y moralmente, son conservados con cuidado y esmero; el criminal a quien se «reeducan» y luego se le pone en libertad, el enfermo, el subdesarrollado, el anciano; b) las clases «defectuosas», idiotas, enfermos, cierta clase de contrahechos y morbosos, producto, casi todos, de taras hereditarias, defectuosas por generación, por degeneración... Si no todos estos elementos son puntos muertos para la sociedad, sí son rémoras para ella; son amenaza de una masa que crece y ansía presentar pelea contra el superior. ¡No es posible la total nivelación! La antorcha arderá siempre. Los jefes son en mayoría cerebros degenerados, egoístas, resentidos... Mandan sin responsabilidad... Están sedientos de venganza. Ellos y sus masas arrastran la sociedad hacia abajo, sin que logren los gobernantes poner un dique eficaz a la avalancha, por falta de colaboración de las clases elevadas, por egoísmo. Ya hemos indicado como estas clases disminuyen, disminuyen sus valores y sus reservas; numéricamente son menos, están debilitadas por el refinamiento de la vida, estragados por el vicio, las drogas, el placer; en un estado de abulia que no comprende ninguna colaboración que les exija sacrificio o renuncia. En esta circunstancia..., los pasos de la revolución encuentran camino abierto.

* * *

¡Odio a la desigualdad! ¡*Espejismo de lo primitivo!* Hay una rebeldía innata que es oposición a las cosas establecidas, a lo tradicional: la conciencia de que en el progreso no todo es bueno y que tal vez sea preferible la vuelta a fórmulas menos complicadas. Afán de cambiar situaciones con espíritu aventurero y de vindicta. Al lado del progreso está la «regresión», la convicción de que ir adelante no es más natural que volver atrás y, sobre todo, que ambos movimientos (adelante-atrás, progreso-regresión) son un fenómeno secundario y dependiente de las características situacionales del grupo humano. Para satisfacer este instinto de retorno, para esquivar una civilización que sobrepasa sus capacidades, para arrojar el yugo de lo selecto, de lo culto, de lo organizado..., nace la protesta, la rebeldía y, si fuere necesario, la revolución ⁴.

⁴ LOTHROP STODDARD: *La rebeldía contra la civilización* (Madrid, 1926). Hemos seguido el paradigma general de esta obra.

La revolución no es obra de unos días; tiene su tiempo y su madurez. En su preparación remota destacan tres estadios:

La crítica destructora.—A las sociedades fuertes y bien cimentadas no las derrumba la revolución; antes es preciso minar y desacreditar moralmente el orden social, lo que se consigue por la crítica destructora, el descontento, el pesimismo moroso, la rebeldía incipiente contra «las cosas tal como son» y contra «los que mandan y gobiernan». Cualidad fundamental de la crítica destructora es la glorificación de lo primitivo, de lo que se imagina haber sido el pasado. Así, Rousseau, Tolstoi, los escritores revolucionarios, los comunistas..., que siembran ponzoña virulenta en la prensa, en el cine, en la propaganda, instituciones, costumbres, arte..., atacando todas las fases de la civilización, sin respetar lo que yace detrás de ellas: individualidad, inteligencia, carácter, voluntad libre. La crítica suele ser despiadada porque satisface y gusta más a la masa, a los descontentos...

La marea creciente de la rebeldía.—La inquietud revolucionaria no es cosa nueva. Todas las edades han tenido sus soñadores que predicaron utopías; agitadores fervorosos, ávidos de destruir; líderes audaces, capitanes de masas inquietas, alentadas por falsas esperanzas, rencores, odios; empujadas a la manifestación callejera, al pillaje, al incendio, al asesinato. La literatura utopista es muy extensa; tal vez empiece en Platón y sea muy anterior a Espartaco. Los rasgos de la rebeldía son siempre los mismos: en todos estos fenómenos sociales revolucionarios e iconoclastas hay siempre rebeldía, violencia, elementos inaceptables que capitanean, inferiores y degenerados aunados contra la civilización, en reacción atávica proclives a lo viejo, llevando a su cabeza tiranos y déspotas. Lo que empezó proclamando igualdad acaba con el establecimiento de una tiranía sangrienta y odiosa. Así en la revolución francesa, en las rusas de 1905 y 1917, en las actuales, la castrista, las de los nuevos pueblos afroasiáticos...

La inquietud revolucionaria actual, a pesar de su falta de originalidad básica, es distinta de las anteriores. Le caracteriza la unión entre los elementos teóricos y los prácticos; una lucha de medios afines, inteligente; una creación continua de doctrinas consistentes y plausibles, propaganda organizada, psicológica y arrebatadora, sindicación del poder tal como no se había conocido antes. Hoy todos los descontentos del mundo están unidos en programas, medios, odios, armas. Con ellos la lucha de clases, el judaísmo apátrida, la banca internacional, el anarquismo, el sindicalismo, el comunismo, el mundo industrial y los «tontos útiles».

Aconsejaba Sorel: «Violencia, guerra de clases sin cuartel, estado de guerra permanente.» Todos los medios son lícitos, aconsejables, para exterminar todo lo establecido; en concreto, los hombres del mundo superior, sus instituciones e ideales. Son condenadas las clases alta y media, los multimillonarios de Marx, los terratenientes campesinos y hasta los obreros adiestrados: todos, excepto aquellos que trabajan con sus manos inadiestradas, más los pocos elegidos que filosofan para los que trabajan con sus manos inadiestradas. La eliminación de tantas clases es, quizá, una desgracia, pero es necesaria para que no contaminen al pueblo. El bolchevismo, nueva rebeldía social, no es una simple revolución contra el sistema social ni una guerra contra la civilización; es una «guerra de la mano contra el cerebro». La primera en este sentido, la gran revolución, esperanza todavía de muchas gentes oprimidas, explotadas por los «amigos» de la civilización, so capa de altruismo.

La rebelión del hombre de la estepa.—Las revoluciones rusas de los años 1905 y 1917 son unos acontecimientos cuya importancia crece con el tiempo. Después de cincuenta años, el comunismo extiende sus ejércitos por el mundo con pujanza. He aquí algunos rasgos que interesan a nuestra temática:

— La hizo la minoría. Esto precisamente es el más poderoso acicate para la revolución mundial, pues demuestra que una minoría decidida e insensible (500.000) puede imponerse a una sociedad desorganizada, acéfala, de 150 millones de hombres, y dar alientos a otras minorías revolucionarias del mundo, ofreciéndoles programas, armas, hombres, dinero, apoyo total y triunfo seguro.

— No fue un suceso casual. Venía fraguándose hacía años. La revolución de 1905 fue política, dirigida por los intelectuales y la burguesía liberal contra la autocracia zarista despótica y corrompida.

— Llegado el momento, el bolchevismo actuó con violencia permanente y arrebató la bandera y el poder, apoyado por las masas: pueblo y chusma, que dio el primer mantazo contra todo. El bolchevismo no compromete a sus líderes. Se sirve de las masas, como tales; masas dinámicas, inconscientes, son su ideal y su arma poderosísima y triunfadora. Como las «turbas» fácilmente se desvían y cambian, hay que controlarlas también férreamente. Los líderes comunistas son maestros en formar y dirigir las masas..., y ¡en explotarlas!

— El bolchevismo no admite la solidarización de las fuerzas sociales, ni la cree necesaria, ni admite su avenencia, ni pide su

cooperación. Forma «su» minoría dirigente, sin extraños compromisos; minoría omnipotente, férrea, dinámica, que utiliza sin escrúpulos todos los medios, todos los hombres, todos los resortes, para triunfar y sobrevivir y extenderse gloriosamente. Manejo hábil de masas..., minoría selecta..., hegemonía de estos líderes..., gobierno responsable, «partido único», despotismo, zarismo rojo. ¡Una vez más el caos crea el despotismo y el imperio!

— Las clases dirigentes de Rusia fueron al principio inferiores, por lo regular, a las antiguas clases revolucionarias. Eran «pueblo». La mayoría pertenecían a esos tipos siniestros—«genios del mal», paranoicos, fanáticos desequilibrados, aventureros sin escrúpulos, expertos criminales...—que aparecen en el momento de disolución social, única y espléndida de sacar provecho. Dijo Lenín: «De cien que se llaman bolcheviques, no hay más que uno que lo sea en realidad, treinta y nueve criminales y sesenta locos.» Casi todos, degenerados. Los jefes... son capaces; algunos, muy capaces.

— Es interesante el odio del comunismo a los intelectuales, a la «Intelligentsia», como se llamaban a sí mismos. Su tragedia fue espantosa, porque fueron declarados enemigos del pueblo y sacrificados. Así la revolución «decapitó a Rusia». El comunismo ha creado sus líderes, frecuentemente los ha sacrificado en sus grandes «purgas», porque la lucha también se extiende contra la personalidad, que no tiene allá otra razón de ser que cumplir ciegamente las órdenes del Soviet Supremo. Y aquí cabe preguntar: ¿Y al Soviet Supremo quién le maneja? Porque son ciertos los manejos secretísimos de una mano negra, enguantada y perfumada.

— Frente a la cultura clasista, la «cultura proletaria», impregnada de comunismo, al servicio del partido único y soberano. Nunca se vio revolución tan honda, amplia, «racionalizada», dura, permanente. Para millones de hombres todavía es sol y esperanza liberadora. La civilización occidental ha creado una situación insostenible de miseria espiritual y corporal: el mundo es una cárcel, un infierno, una protesta, una lacra, una rebelión.

* * *

Y surgió el caos. El mundo es un campo de batalla: dos guerras mundiales, continuas revoluciones, intentos suicidas... Se juega una lucha de titanes que se prolonga casi por dos siglos. ¡El mundo está en rebelión!

En la actual rebeldía contra la civilización poco hay básicamente nuevo; la revolución es tan antigua como Caín. Un elemento nuevo es la elaboración de una teoría, filosofía o política que pretende justificar la revolución. Esta teoría es, en el fondo, la «racionalización» de las emociones de los elementos inferiores, inadaptables y degenerados, refractarios a una civilización que les molesta, deseosos de volver a niveles más primitivos. Ataca todas las fases de la civilización y pretende suplantarla con la «cultura proletaria»; ataca la ciencia, la religión, la filosofía, la sociología, el arte..., «burgueses», y busca la cultura revolucionaria. Y como esta cultura nueva, en lo referente al hombre y su gobierno, no ha dado señales de poder sostener un combate intelectual con la tradicional y burguesa, la revolución ha vuelto a empuñar sus armas: pasión y violencia, mentira y audacia. El principal pivote de la gran revolución que se avecina es el comunismo. ¿Qué hace la civilización en su propia defensa? ¿Qué hacen los hombres «superiores» llamados a enfrentarse con el enemigo común?

La civilización no ha sabido enfrentarse a la revolución. Sus hombres han preferido la molicie y el *laissez faire* a la lucha por los ideales de la cultura.

El hecho es que construcción y revolución es obra de minorías dinámicas. La minoría revolucionaria, reducida pero inflexible, puede destrozarse todo un orden social y ejercer su tiranía sobre grandes núcleos de población. Estas minorías están integradas principalmente de «líderes»; son los cuadros de oficiales de ejércitos mucho más numerosos que se movilizan instintivamente cuando surge la crisis. Si los defensores del *statu quo* pueden contar con el apoyo decidido de sus incondicionales y adictos, los jefes revolucionarios pueden abrigar igual confianza y contar con el auxilio de los inferiores, de los inadaptables, de los degenerados, que, naturalmente, no gustan de la civilización y oyen con agrado el clarín que los convoca a destruir. Estos son los grupos «superior» e «inferior», falanges permanentes de la revolución y de la contra-revolución; pero, aun movilizados en su totalidad, son minorías.

Hay entre estas dos zonas otra constituida por gentes «mediocres», de virtudes y defectos peculiares, anejos a su situación intermedia. En general sacan provecho de los esfuerzos artísticos, culturales, laborales, de la colectividad, y a veces con tanto éxito, que consiguen colocación influyente y pingües prebendas. En algunos aspectos estas medianías tienen un valor social: su falta de iniciativa las convierte en conservadores natos de todo lo que

adoptan, y actúan de lastre social y de freno para que los selectos no vayan muy lejos ni pierdan el contacto con la realidad. Por lo general, sostiene también el orden social establecido, tendiendo casi sin pretenderlo a oponerse a toda turbulencia: es la «sufrida clase media», a la que tantos elogios se tributa, tal vez con excesiva condescendencia. Esta zona intermedia tiene sus defectos, pues su conservadurismo es perjudicial y peligroso cuando se aferra al *statu quo* sin discernir entre lo bueno y lo defectuoso o gastado; mera aversión al cambio. De hecho, las más de las veces, por su pasividad imperturbable y su desinterés colectivo, perpetúa los males sociales, impide las reformas, obstaculiza el progreso, incuba el descontento y engendra la revolución. Grande es su poder y paralelamente grande su peligro.

Si la sociedad estuviese dirigida por su selección creadora, la medianía sería útil como «oposición constitucional», reguladora. Pero, desgraciadamente, la sociedad está regida, en gran parte, por medianías. En casi todos los campos de la actividad, una crecida proporción de las figuras influyentes son personas de inteligencia y carácter mediocres. El número de reaccionarios necios ocupando altos cargos de gobierno de la humanidad es depresivo, y asombrosa su estupidez cuando nos fijamos en las ocasiones en que deben actuar. Revelan poca calidad..., toda la que poseen.

* * *

Esa *aurea mediocritas* de la que tanto se habla se bambolea en sus mismas esencias. Es un antifaz que oculta la exigüidad de inteligencias extraordinarias o, mejor, la falta de su educación, orientación y aprovechamiento. Es cuestión de vida o muerte para la civilización que su funcionamiento sea fácil y elevado. Si faltan inteligencias superiores, aprovechemos mejor las que existan. No se aprovechan todos los talentos; los que actúan prefieren los campos de la ciencia, arte, literatura, y algunas profesiones, y allí ascienden con facilidad. En otros campos—por ejemplo, derecho, política, finanzas, negocios, diplomacia...—, por historia y ejercicio de mayor necesidad y trascendencia, no ocurre así: aquí los más altos puestos están ocupados por personalidades esencialmente mediocres: astutos, agresivos, ambiciosos, oportunistas, desprovistos de esa visión constructora que es el signo de la verdadera grandeza. Hoy faltan hombres, faltan grandes talentos en las organizaciones internacionales o sobrenacionales, en el gobier-

no de las naciones, en las consultas diplomáticas, en las relaciones económicas... ¡No es menester ser un lince para comprobarlo!

* * *

La ausencia de grandes talentos tiene especial importancia en el campo del progreso y de la estabilidad social, en lo que se refiere al mando constructivo. La historia demuestra que lo que precipita las revoluciones es, más que nada, el gobierno ineficaz, la finanza imprudente, la legislación insegura. Aquí es imprescindible la inteligencia superior. Si la política, las finanzas y la regularidad general estuviesen dirigidas por los mejores espíritus, poco tendríamos que temer a la revolución que nos aterroriza en el horizonte: la continua vigilancia, la previsión recta, la prudente actuación, la oportuna defensa, aquietarían los ánimos. La inteligencia superior casi siempre es equilibrada, y en momentos críticos puede confiarse en su serenidad, oportunidad y prudencia.

* * *

En la organización socio-política actual los gobiernos tienen la tarea de velar por la seguridad de la civilización. Deben gobernar, deben tener fe en sí mismos y en los principios que profesan. Tarea primordial es tener a raya a la oposición de las minorías agresivas con previsión inteligente, acción rápida y eficiencia omnímoda. Generalmente acontece lo contrario: las minorías defensoras de la civilización y sus jefes, los gobernantes, están desorientados, mientras los contrarios saben lo que quieren y además tienen la ventaja del ataque, de la osadía y de la nula escrupulosidad. La «prudencia» de los llamados responsables es, a la hora de actuar, mítica, bamboleante, huidiza, derrotista. No es «prudencia»; es miedo o traición.

Para evitar el peligro de decadencia de la civilización, para prevenir la revolución, para enfrentarse a las maquinaciones destructoras, es urgente tomar una actitud que sea síntesis de estos elementos, a saber: conocer exactamente al enemigo, sus *slogans*, intenciones y potencia; obrar con decisión y energía, tener un plan coordinado de defensa y de ataque, no perder el contacto con las clases sanas de la sociedad, cualquiera que sea su rango, principalmente con las populares, porque, aunque no son luceros, son espejos del alma colectiva y detectan la interna situación de sus

ilusiones y de sus desengaños; aprovechar el espíritu conservador de las medianías, desconfiar de la «intelectualidad» y de las «aristocracias».

El orden lógico del enfrentamiento a la revolución anti-civilización tiene en un cabo el castigo, la represión dura; en otro, la educación de todos los individuos de la sociedad, el aprovechamiento de todos los talentos, la igualdad de oportunidades, la justicia, la recta legislación, el intercambio de intereses entre todos y de responsabilidades para todos, el respeto a la dignidad de la persona, al ciudadano, al hermano...

No es mío determinar las cualidades del «regidor» de la civilización contemporánea, pero sí me es permitido consignar éstas: inteligencia superior, estudios superiores bien realizados, equilibrio anímico, ser siempre modelo de caballeros, abrigar deseos efectivos de servir a todos, sentido responsable de lo personal y de lo colectivo, fuerte y suave, dulce y magnánimo, sencillo y astuto, dispuesto a la lucha hasta el sacrificio..., porque la patria, la nación, el pueblo, la civilización, tesoros de la humanidad, deben ser servidos con honradez.

La minoría que prepara y realiza la nueva civilización.—Hemos indicado someramente la tarea de las minorías rectoras actuales respecto al quehacer cotidiano. ¿Cuál debe ser la actitud de la minoría, necesariamente «superior» y «creadora», ante la crisis general que se avecina a paso de gigante? La humanidad deja una época bien definida (la «cultura occidental», hija de Grecia y del cristianismo), para entrar en otra totalmente diferente, no del todo definida ni clara. No podemos cruzarnos de brazos y ver venir los acontecimientos. Es menester colaborar con lealtad, sin nostalgias ni saudades, en el relevo de civilizaciones, a fin de que lo «nuevo» sea mejor que lo «pasado».

En primer lugar, que cada cual ultime su propia perfección hasta el más fino detalle y realice con plenitud su destino terreno. Luego, que sume su empeño al de todos los responsables del necesario cambio, que sostenga la labor de las minorías rectoras, superiores; las buenas disposiciones de la clase media, la ingenua postura del pueblo; que se enfrente con las minorías adversas y los elementos disociadores.

Sobre esto, y como quehacer primordial, hay que «mejorar la raza», hay que hacer un pueblo nuevo, con vistas al futuro.

En esta labor juega un papel importante la Eugenesia, ciencia biológica que estudia la aplicación de las leyes de la herencia

para el mejoramiento de la raza humana. Sus objetos primordiales son: evitar en lo posible la constitución de familias afectadas de lacras hereditarias y favorecer la reproducción de individuos sanos y aptos física y mentalmente. Los métodos que utiliza se dirigen a reducir a un mínimo los defectos de los grupos humanos y a perfeccionar sus cualidades. De ahí que se inspire en la higiene apropiada para impedir los determinismos morbosos o morbígenos, atajarlos en sus manifestaciones, hacer que desaparezcan en la descendencia. Se trata, en una palabra, de operar una selección ventajosa para las generaciones futuras, sin lesionar ningún derecho; una selección artificial, haciendo que predominen en el medio humano los seres de cualidades ventajosas. Tal cuestión implica secundariamente la de los seres defectuosos o con carácter morbo y torcido. Lentamente, por educación e instrucción, por ajustes legales, sociales y económicos, se desea que tengan hijos una mayor proporción de personas superiores, que el promedio de hijos de cada persona superior sea más elevado que lo es actualmente, que las personas inferiores no tengan hijos, que las demás personas inferiores tengan menos hijos que ahora. Pío XI, en la encíclica *Casti Connubii* (31-XII-1930), reprueba toda extralimitación en este sector.

Los factores tradicionales de la decadencia de la raza se ven reforzados por agentes que favorecen la esterilización de los linajes superiores y la multiplicación de los inferiores, provocando un proceso de empobrecimiento general extremadamente rápido. Urge parar en seco esta marcha; ello en dos fases: primero, limpiar la raza; luego, construir la raza. Hay que suprimir el proceso de degeneración que amenaza a la sociedad, inficiona y estropea linajes sanos, destruye valores raciales, aumenta las cargas de la sociedad. La degeneración y fenómenos similares son enemigos de toda civilización.

* * *

Interesa aquí el problema vital de aumentar los seres sanos, física y mentalmente aptos; los seres superiores, los superdotados, los genios. Con esta mejora el mundo podrá pechar con la crisis y formar la nueva civilización. Porque la calidad de la población es la fuente de toda prosperidad, progreso, seguridad y hasta de existencia. Un solo ser genial puede valer más que una mina de oro, y, al contrario, la decadencia racial, la «decadencia de la

civilización», significa empobrecimiento material y fenecimiento cultural.

Debemos nutrir nuestras estirpes superiores, que darán a la sociedad un repuesto inagotable de «hombres superiores», de creadores, y, de tiempo en tiempo, un «genio», uno de esos espíritus infinitamente raros, pero infinitamente preciosos, que truecan el destino de los pueblos.

Con estos «guías» y proto-tipos, la humanidad será más feliz, los pueblos serán más felices. No se pretende hacer un superhombre específico ideal o ejemplar, sino hombres superiores al actual; una raza superior a la actual, que se perfeccione por virtud endógena de generación en generación hasta realizar todas las reservas existentes en el hombre que aún están casi intactas, sin explorar, desconocidas, como advierten la Psicología y la Biología.

No se trata de crear diferencias humanas, sino semejanzas: todos más; ni se pretende alargar distancias, sino realizar acercamientos; no es crear culturas a base de algunas genialidades, sino que todos sean genialidades, aunque algunos sean «más» genios; no es buscar la igualdad cercenando cabezas, como pretendió la Revolución francesa, sino elevando a todos según el máximo de sus posibilidades y de su esfuerzo voluntario.

Habría verdadera igualdad, eliminadas la degeneración y aun la mediocridad; sólo habría una superioridad generalizada, si vale la expresión verbal.

La selección eugénica no es obra de una generación. El llegar a tan elevado nivel supone una evolución meticulosa, graduada y necesariamente lenta, que implica un cambio de mentalidades, de legislación, de política...

Supone pensar en ser mejor. Y «pensar en ser mejor» es comenzar a serlo.

* * *

La selección eugénica deberá ser secundada por el medio ambiente en toda su gama y variedad de elementos: puericultura, conocimiento de la totalidad del «ser» individual, catalogación de todos y cada uno en su propia escala, selección de los «mejores», reforma total de la Pedagogía en todas sus fases, óptima preparación de educadores y docentes, solucionar muchas paradojas educacionales, como libertad y programa, iniciativa y régimen; enseñar y aprender...

Las perspectivas que se abren a la educación futura son inmensas y maravillosas. En esa apertura debe estar presente la Pedagogía, no la actual, cicatera y anciana, sino la que profesaron los grandes constructores de Grecia, de Roma, del Imperio germánico, de la Hispanidad..., cimentada ante todo en los valores de la personalidad, en el carácter, en el hombre. Si hoy necesitamos ciencia y técnica..., más necesitamos de «hombres», de «sabios», de «pensadores», de «grandes y esforzados varones». Todo el saber científico del hombre sin «sabiduría» es camino que no lleva a la cultura; se requiere principalmente el pensar, el querer, el soñar, el hacer... ¡Hay que forjar la imagen del hombre del futuro!

* * *

Cada época de la humanidad la creó; imagen, semejante a la idea platónica que sirvió de modelo a educadores y gobernantes: Para Israel, como para los musulmanes, este proto-tipo es el Profeta; para los griegos, mucho tiempo dudosos entre el hombre apolíneo y el dionisiaco, prevaleció el «hombre hermoso y bueno»; la Edad Media y el Renacimiento cultivaron al hombre bifronte: sabio y virtuoso; la Ilustración al culto, algo rebuscado y petimetre. Nuestros contemporáneos, saturados de pesimismo, hablan del «hombre, ese desconocido» (A. Carrel); del «hombre enfermo» (Unamuno), como ser con «una ciega voluntad de vivir» (Schopenhauer); lo prefieren segmentado: «social», «social y sociable» (Guyau), «religioso, «inacabado». Para estudiarlo mejor se fundan filosofías antiintelectuales, de planos extrarracionales, donde el entendimiento, la lógica y el raciocinio tienen poco que hacer: la intuición (Bergson y los bergsonianos Duhem, Picard), la acción (Blondel, siguiendo la idea hegeliana), la vida o impulso vital, el pensamiento-acción de Le Roy, el sentimiento, la voluntad, el corazón (renovando a Pascal); el neorromanticismo, invadiendo el campo filosófico, fomenta el entusiasmo pasional por una idea sentimental o sugestiva, una idea-fuerza, y con ella determina lo que el hombre debe ser; así, la «cultura» en Spengler, la «libido» en Freud, el «genio» especie de germen, centella o perla divina encerrada como en su concha y aprisionada por el «yo» consciente, según Johan Müller.

Decepcionados con conceptos tan exigüos, huecos y palabreros, algunos nos hablarán del hombre superior. Bergson enseña que el «hombre ordinario» es inteligencia sin instinto, el «hombre supe-

rior» es la fusión de instinto y entendimiento, o sea, la intuición, facultad suprema del hombre, «la sola que puede plasmar y penetrar la verdadera realidad, la filosofía, el saber». Hoy por hoy, sólo muy pocos logran poseerla «por un supremo esfuerzo». Pero avanzando la evolución (*evolución creadora*), llegará a ser ordinaria en los hombres, y entonces, eliminados los sistemas, florecerá en el mundo la verdadera filosofía, el verdadero sabio, el verdadero hombre.

* * *

Las épocas, las culturas, han tenido su ideal humano. También los pueblos han tenido sus «hombres ejemplares», que los representaban erigidos en modelo de educación, en norma de perfección y señal de distinción. Así, por ejemplo, el «hermoso y bueno» de la Grecia clásica; el hidalgo, el caballero español; el *cortigiano* del Renacimiento italiano; el gentilhombre, *l'homme moyen*, *l'honnête homme*, francés; el *gentleman* inglés, el *junker* prusiano, el *samurai* japonés, etc. Roma tuvo al legislador y gobernante: «*Tu regere populos, Romane, memento*» («Naciste para gobernar»), bien que ellos le llamaron «orador», es decir: abogado, legislador y orador⁵.

Pensadores posteriores trataron del «hombre superior». Sólo citaré a Fedor Dostoievski en *Crimen y castigo*. Frente a los hombres ordinarios se yergue la figura prócer de los «superiores» que tienen el don y el talento de decir una palabra nueva en el medio en que viven; son destructores de todo lo actual, «reclaman la destrucción de lo que es en nombre de lo que ha de ser», pasando por encima de todo; son los amos del futuro, mueven el mundo y los hombres hacia su grandeza, «tienen el destino de crear para mañana». No atacan al hombre, sino a lo que hoy en día lo aprisiona. Son «hombres que pasan por encima de la ley» (de lo constituido y caduco). «No he asesinado a un ser humano, sino a un principio»; por eso «no se arrepentía de su crimen»,

⁵ E. SPRANGER: *Ensayos sobre la cultura*; M. SCHELER: *El saber y la cultura*; J. HUIZINGA: *Entre las sombras del mañana. Diagnóstico de la enfermedad cultural de nuestro tiempo*; LOTZ-DE VRIES: *El mundo del hombre*; A. DEMPFF: *Filosofía de la cultura*; O. N. DERISI: *Los fundamentos metafísicos del orden moral*.

Sobre la filosofía de la cultura, además de los citados, cfr. B. REISER: «De cultura et philosophia culturae», en *Angelicum*, 14, 335-416 (1937); J. MARITAIN: *Religión y cultura*; M. GRABMANN: *La filosofía de la cultura de Santo Tomás de Aquino*; A. SCHALLER: *Filosofía de la cultura europea*; M. SCHEMUS: *Teología de la cultura*, en «Revista de la Universidad de Madrid», 2, 305-316 (1953).

pues había salvado al hombre. El quería ser un «hombre superior», como César, Napoleón, como Don Quijote. Roskolnikov, que encarna al novelista, fracasa porque no osa ir hasta las últimas consecuencias. ¡Es el miedo al deber, que no es el deber vulgar, el deber de los hombres ordinarios!

El «hombre superior» de Dostoieuski no es el «super-hombre» de Nietzsche. El pensador alemán se basó en la idea del novelista ruso y avanzó en radicalidad y en rebeldía, cifrando toda su filosofía en aquella frase: «La inversión de todos los valores filosóficos y de todos los valores humanos mediante la voluntad de poder», por el impulso de vivir, el dinamismo vital. Este impulso, secundado por la voluntad de poder, avanza, choca, vence, se agranda, intensifica, crea el nuevo arte, opuesto al helénico; la nueva ciencia que se resume en la vida, las nuevas moral y religión biológicas (cuyo criterio y fin último es la misma vida); creaciones todas que se plasman y realizan en el superhombre. Este es la encarnación de la vida-cumbre: unas veces, el tipo acabado del hombre virtuoso; otras, la «bestia roja» a lo César Borja o Napoleón, provista de las mejores dotes o de los instintos bióticos más pujantes e indómitos. De ahí el doble concepto de la vida: mera expansión vegetativo-animal unas veces, y otras, la flor y nata del honor y de la virtud. «La vida es la realidad suprema.» Por último, su culto y entusiasmo por la vida, sana y robusta, aparece de nuevo en su teoría del *Retorno eterno de las cosas*, título que no es ninguna teoría metafísica, sino símbolo del torbellino vital, como las estaciones del año; expresión del apetito innato a la inmortalidad y a la felicidad.

* * *

Del super-hombre de Nietzsche hasta la teoría humana de Teilhard de Chardin hay más de una coincidencia⁶.

Así opina, por ejemplo, J. Raix Ruy en *Le Surhomme. De*

⁶ Son muchos los escritos que acercan la obra de Teilhard de Chardin al super-hombre de Nietzsche. Citamos, en primer lugar, algunas obras del filósofo germano: *Consideraciones intempestivas*, *Humano, demasiado humano*; *Así habló Zaratustra*, *Gaya ciencia*, *Más allá del bien y del mal*, *El ocaso de los ídolos*, *La voluntad de poder*. Sobre Nietzsche-Teilhard confróntese la obra de Chaix Ruy, que hemos sintetizado en el texto y, Mgr. de Solages: *Teilhard de Chardin* (1967). *Témoignage et étude sur la développement de sa pensée*, donde estudia exhaustivamente el pensamiento teilhardiano, su dialéctica: evolucionismo espiritualista, la noosfera, el punto Omega, la moral al servicio de la cosmogénesis y algunos problemas, como materia y espíritu, panteísmo y personalismo, natural y sobrenatural.

Nietzsche a Teilhard de Chardin (París, 1965). Analicemos sus ideas principales. Ante la perspectiva del futuro de la humanidad, de la civilización, algunos pensadores creen que «cabe otorgar al hombre cierta confianza para rematar la obra de los siete días y elevar hasta Dios el universo; otros temen el peso creciente del mal y piensan que sólo intervenciones sobrenaturales invisibles podrían rectificar una voluntad continuamente perversa». Cabe, empero, cierta modificabilidad del universo por el hombre dentro de los límites asignados por el Creador. «Todos los escritores y filósofos están de acuerdo en reconocer la necesidad de una nueva humanidad, y todos se esfuerzan por trazar los rasgos del hombre o del super-hombre capaz de edificar su porvenir.» En los umbrales del siglo XIX se destacan tres imágenes del hombre, que son las de Bethe, Rousseau y Schopenhauer, que Nietzsche caracteriza, respectivamente, «por la medida y el equilibrio, que permiten al hombre insertarse en un orden que debe reflejar en sí mismo si se esfuerza a someterlo a su voluntad; por la protesta y la rebeldía contra la injusticia social o contra un absurdo destino, y por la renuncia a la ilusión de la vida personal, fuente de todos los sufrimientos, y el retorno al bienaventurado Nirvana». Para Nietzsche a su vez, «así como la humanidad ha debido crearse estructuras distintas de las que el animal le había legado, así también el super-hombre habrá de realizar un salto que le libere de las servidumbres humanas, habrá de franquearse el umbral más allá del cual surgirá un nuevo ser».

Para Chaix Ruy «se abren dos direcciones ante nosotros. De cara a su situación en este mundo y sobre todo a las contradicciones de su naturaleza, el hombre puede crispase en una actitud patética y trágica, consciente del antagonismo entre las exigencias del impulso vital y las conclusiones de la razón raciocinante»; o bien dar en extremo opuesto de lo cómico y ridículo, que le dé cierta amarga satisfacción. Un super-hombre las superaría. «¿La aparición de un nuevo hombre implicaría una estructura distinta de la del viejo? ¿Sería preciso que la crisálida caiga para que sus alas se desplieguen?» «No podemos prever hasta qué punto la situación transformaría al hombre, pero sí que ello no podría lograrse sin que se hayan desarrollado hasta el extremo sus cualidades contradictorias.»

Bergson, como lo acabamos de ver, apunta ya una evolución en el sentido de que el hombre, «sacudiendo la inmovilidad de estructuras caducas, prosigue su marcha hacia formas de vida cada vez más altas», pero es a riesgo de que «lleve en su germen

una desviación inicial que le conduzca a sacrificar las aspiraciones espirituales a las realizaciones técnicas». Porque, dentro de la geografía de los seres minerales, vegetales, animales, «sólo el hombre progresa inventando en una evolución de etapas imprevisibles verdaderamente creadora».

Aquí enlaza Chaix Ruy el nombre de Bergson con el de Teilhard de Chardin, para señalar sus discrepancias y afinidades. Discrepan, en primer lugar, ya que para Bergson «el impulso evolutivo tropezaría desde el principio con resistencias materiales en la doble línea del instinto y de la inteligencia», al paso que para el jesuita se realizaría en ondas concéntricas hacia el vértice de un cono. Difieren también en el concepto de tiempo y en las relaciones tiempo-espacio. Coinciden en orden a la perspectiva de la moral cerrada o abierta y de la religión estática o dinámica descubierta por Bergson en su obra sobre su doble fuente, y que Teilhard suscribe en absoluto.

Son también interesantes las relaciones de Teilhard con M. Blondel (acción = idea-fuerza).

Chaix Ruy distingue en Teilhard una fase de simple descripción fenomenológica de la evolución paralela de la materia y del espíritu, y otra de la proclamación de Cristo, como el corazón ardiente de la materia de cuyo seno está llamada a surgir una luminosidad grandiosa. En la primera el contraste es grande entre el período del mundo plioceno y del mundo humano, que lo corona con su inventividad y su autonomía intelectual. En la segunda, la primera todavía natural, es a su vez superada y transfigurada por el sobrenatural de Cristo.

* * *

Chaix Ruy expone, con ocasión de estas ideas, su pensamiento sobre la aparición del super-hombre. Y primeramente da los tipos de la humanidad que, según él, en todo desarrollo tenemos en cuenta. Son siempre los mismos; a saber: «En el plano de los valores, el sabio, el héroe, el genio y el santo.» Y en el de los pseudo-valores: el jefe prestigioso y, por debajo de él, el que Max Scheler llama el «pionero de la divulgación», o sea, el que abre la ruta y prepara el porvenir. Pero el autor echa de menos en esta letanía a los que «obedecen a la justa medida e introducen

en la escala del cosmos el sentido de la proporción». En este sentido de equilibrio cifra él su fe en un posible desemboque del hombre en un futuro super-hombre.

* * *

Nosotros lo hemos pergeñado: como de inteligencia superior, anímicamente equilibrado, servidor de todos los grandes ideales, defensor audaz de lo recto. El super-hombre será el hombre «totalmente y armónicamente» evolucionado en sentido de la plenitud de Dios, para ser realmente culmen de la creación y rey de todo lo extra-Dios. Y, buscando formas antiguas: «hombre sabio, virtuoso, feliz»: el hombre perfecto, selecto, regidor (Sócrates). El hombre «sabio, contemplador de ideas eternas», virtuoso donde virtud es: ritmo y armonía, medida y proporción, sinfonía; virtud como purificación: dominar las propias energías y preparar el alma para el gran retorno, al estado primitivo de la contemplación de las realidades eternas del mundo ideal; virtud como imitación de Dios, ascensión... (Platón).